

NINOTCHKA

Ernst Lubitsch, 1939

UN CANTO A LA CORRUPCIÓN

Ninotchka se estrenó en octubre de 1939. Por aquel tiempo, hacía furor en Hollywood una revista de corte y confección llamada, en honor a su editor, "Código Hays". Siguiendo sus dictados, Melchior Lengyel¹ diseñó un bonito figurín, Wilder, Brackett y Reisch cortaron los patrones y Ernst Lubitsch se encargó de coser el traje. Fin de la metáfora.

Presentada como un canto a la libertad occidental frente a la dictadura soviética, *Ninotchka* se amolda de buen grado a los preceptos de William Hays, predicador ultra católico que desde 1934 imponía una censura moral e ideológica sin precedentes que, poco después, bajo la dirección del general McCarthy, se endureció hasta el punto de forzar el exilio, el enmudecimiento o la clandestinidad de buena parte de sus talentos: Bertolt Brecht, Arthur Miller, Thomas Mann, Dashiell Hammett, Lillian Hellman, Charles Chaplin, Fritz Lang, Dalton Trumbo, John Huston, Orson Welles, Joseph Losey, Jules Dassin... Hasta trescientos expedientes, apoyados en setecientas testimonios de profesionales como Walt Disney, Gary Cooper, Robert Taylor, Edward Dmytryk y tantos otros que, amedrentados, envilecidos, accedieron a colaborar como delatores y calumniadores.

Pero, en fin, pelillos a la mar. Después de todo, *Ninotchka* tenía la gracia suficiente para hacer que los espectadores que llenaban las salas, en su mayoría asalariados que se apretaban el cinturón para llegar a fin de mes, envidiasen el lujo de los aristócratas y millonarios y simpatizaran con el protagonista, un conde ruso que jamás dio un palo al agua (ni a sus siervos, de eso ya se encargaban los cosacos) y que vive en París un exilio dorado en el que no se priva de nada, excepto de pagar a su criado al que debe dos mensualidades. Este detalle, como tantos otros, no se sostiene, ya que el conde es un mantenido que come, bebe y derrocha en las mejores salas de París a costa de la Gran Duquesa. Pero a los guionistas debió de parecerles que su inclusión le daba al personaje un conveniente aire de simpático caradura y al criado una cierta dignidad en su estoicismo sumiso. Así eran Billy Wilder y sus alegres muchachos².

En la misma línea de manipulación, los guionistas no tienen inconveniente en declarar que en Occidente también hay hoteluchos donde "si abres el grifo del agua caliente sale agua fría y si abres el grifo del agua fría no sale nada". Por supuesto, ese aspecto cutre de la civilización occidental no se muestra en pantalla. Si se menciona es para envilecer al trío de camaradas que debe hacernos reír, pero nunca olvidar que, como soviéticos, son unos sinvergüenzas a los que encanta vivir como zares a costa del hambre de su pueblo.

¿Qué falta para terminar de perfilar al ciudadano ruso? Tenemos un vividor con clase, que aporta elegancia y distinción, y tres funcionarios expertos en el despilfarro del dinero público. Pero falta la mujer. Para resolver esta carencia se aportan dos, una aristócrata, elegante y sensual, y una campesina bolchevique, tan dura que no sabe lo que es reír, bailar o beber champán, aunque presume de haber matado a un lancero con sus propias manos. Parecen opuestas, pero en el fondo son lo mismo, como sorprendentemente reconoce la austera bolchevique: “¡Las mujeres somos tan presumidas!”. Como es de suponer, la supuestamente incorruptible Ninotchka no tarda en ceder al glamour de los “sombrosos ridículos” (sic), de las joyas de la Gran Duquesa y del confort de la cámara real del hotel más caro de París, aunque esto suponga dejar sin pan a sus paisanos, como ella dijo al reprochar la corrupción de sus precedentes.

No hay que pasar por alto que este igualamiento entre la bolchevique y la duquesa se produce en función de su sexo, detalle que revela la inclinación misógina del relato. En efecto, un ingrediente de la comedia pícaro con el que los censores católicos siempre se han mostrado especialmente indulgentes es la misoginia. Otro ejemplo: a los pícaros soviéticos se les ilumina el semblante ante la posibilidad de disfrutar de una compañía femenina comprada: “Dicen que si tocas el timbre una vez acude un botones; dos toques y viene un camarero, y ¿sabéis lo que ocurre con tres toques de timbre? ¡Acude una doncella francesa! -¡Oh, camaradas! ¡Si llegáramos a tocar nueve veces!”

Ninotchka fue nominada a cuatro Oscars, pero no se llevó ninguno: mejor película (ganó *Lo que el viento se llevó*), mejor actriz (Vivien Leigh por *Lo que el viento se llevó*), mejor argumento (Lewis R. Foster por *Mr. Smith goes to Washington*) y mejor guion adaptado (Sidney Howard por *Lo que el viento se llevó*).

En 1955 se estrenó en Broadway el musical *Silk stockings*, con música y letra de Cole Porter, inspirado en la historia de Ninotchka. Resucitado el tema, la obra de Langyel dio lugar a varias producciones. La película musical *Silk stockings* (que en España se estrenó como *La bella de Moscú*), dirigida por Robert Mamoulian en 1957, con Cyd Charisse y Fred Astaire; *Ninotchka*, dirigida por Tom Donovan en 1960 para la televisión americana; *Ninotschka*, dirigida por Imo Moskowicz en 1965 para la televisión alemana occidental...

Otros ecos de *Ninotchka* pueden considerarse *Camarada X* (1940) o *The iron petticoat* (*Faldas de acero*, Ralph Thomas, 1956, con guion de Ben Hecht).

¹ Melchior Lengyel es el seudónimo del escritor húngaro Lebovics Menyhért (1880-1974). Menyhért comenzó su actividad escritora como corresponsal para la prensa húngara desde Suiza, Alemania y Austria. En 1907 estrenó su primera obra de teatro, "El gran príncipe", a la que siguieron otras a razón de una por año. Al finalizar la I GM viajó a Estados Unidos, donde se produjo su primer acercamiento al cine. De regreso a Europa, codirigió un teatro de Budapest entre 1929 y 1930. En 1931 volvió a su trabajo de corresponsal, esta vez desde Londres. De esa fecha es su novela utópica "The happy city". En 1937 volvió a Estados Unidos para entregar a Hollywood algunas historias permeables al ambiente bélico: "I loved a soldier" (Henry Hathaway, 1936), "Ninotchka" (Ernst Lubitsch, 1939), "Ser o no ser" (Ernst Lubitsch, 1942), "Días de gloria" (Jacques Tourneur, 1944)... En 1960 dejó América para establecerse en Italia, donde recibió el Gran Premio de Roma por su obra literaria. Ya muy anciano, con 94 años, regresó a Hungría, muriendo en Budapest pocos días después.

² Para una mejor comprensión de esta ironía recomiendo leer el artículo [Billy Wilder: Bonachón y cabroncete](#).